

PAUL CHRISTOPHER

LA
CRUZ
TEMPLARIA



algaida
INTER

Título original: *The Templar Cross*
Editado en USA por Signet, una marca de New American Library,
división de Penguin Group (USA)

Primera edición: 2012

© Paul Christopher, 2010
© de la traducción: Ester Molina Sánchez, 2012
© Algaida Editores, 2012
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Realización Editorial
ISBN: 978-84-9877-727-7
Depósito legal: Se-859-2012
Impresión: Huertas, I. G., S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1.....	9
CAPÍTULO 2.....	19
CAPÍTULO 3.....	29
CAPÍTULO 4.....	39
CAPÍTULO 5.....	51
CAPÍTULO 6.....	65
CAPÍTULO 7.....	77
CAPÍTULO 8.....	87
CAPÍTULO 9.....	101
CAPÍTULO 10.....	111
CAPÍTULO 11.....	119
CAPÍTULO 12.....	127
CAPÍTULO 13.....	139
CAPÍTULO 14.....	149
CAPÍTULO 15.....	159
CAPÍTULO 16.....	169
CAPÍTULO 17.....	179
CAPÍTULO 18.....	189

CAPÍTULO 19.....	199
CAPÍTULO 20.....	209
CAPÍTULO 21.....	215
CAPÍTULO 22.....	223
CAPÍTULO 23.....	237
CAPÍTULO 24.....	245
CAPÍTULO 25.....	257
CAPÍTULO 26.....	269
CAPÍTULO 27.....	281
CAPÍTULO 28.....	291
CAPÍTULO 29.....	309

LA ACADEMIA MILITAR ESTADOUNIDENSE DE WEST POINT estaba desierta. No había pelotones haciendo prácticas de instrucción de orden cerrado en la Explanada, marchando bajo la eterna mirada deslustrada de un George Washington de bronce a caballo. No se oía el eco de las botas de combate recién pulidas al deslizarse por el asfalto en el área central mientras los cadetes cumplían los castigos. No se escuchaban las órdenes a gritos retumbando en las paredes de piedra, ni a los sargentos de instrucción marcando la marcha.

La ceremonia de graduación había terminado. Los cadetes de primera clase, transformados en soldados recién acuñados, se habían ido a sus puestos; chusma, perdedores y repelentes iban todos a algún curso de entrenamiento avanzado de verano. No tocaba ninguna banda y el único sonido que se percibía era el de los árboles susurrando secretos en la brisa de principios del verano. El complejo de antiguos edificios grises se desvanecía hacia un tono cálido dorado en la ya debilitada luz del sol. Era el último domingo de junio. Mañana era el Día *R*.

El teniente coronel John *Doc* Holliday caminaba por la amplia y desierta extensión de la Explanada con su atuendo

blanco y sintiéndose algo achispado. Volvía a casa de su cena de despedida en el club de West Point, en la parte opuesta del campus, y se sentía aliviado, ya que no había nadie alrededor que pudiera verlo en aquellas condiciones. Un desfile de profesores de historia con frac y tambaleándose borrachos por los terrenos de la primera escuela militar de la nación no tendría muy buena acogida entre los papás y las mamás; sin duda, no serían las mejores relaciones públicas.

Holliday perdió la mirada en la creciente oscuridad con los ojos empañados. Bajo el parche negro, la cuenca del ojo con cicatrices le provocaba un dolor fantasma probablemente causado por algún *whisky* de malta de más. La lúgubre amplitud de la Explanada estaba tan vacía como el resto de West Point. Mañana, los padres, madres, hermanos, hermanas y amigos de mil doscientos nuevos reclutas se aglomerarían en el amplio campo cuidadosamente cortado, como hormigas con cámaras de vídeo para grabar las últimas doce horas de libertad de los mil doscientos sentenciados antes de que los engullera la máquina militar de los Estados Unidos.

El día de matriculación era una mezcla de circo y día del Juicio Final. Los nuevos cadetes, conservando aún sus cortes de pelo, tenían más que algo que ver con los presos de un campo de concentración. Con los ojos abiertos de par en par y aterrizados, llegaban en filas de autobuses y se los rapaba, atizaba, gritaba, se les daban números y uniformes, y luego desfilaban hacia el olvido como los niños de Hamelín siguiendo al flautista.

Tras cinco semanas de pruebas de acceso recibiendo el entrenamiento básico, que pondría bajo el foco a unos cien que no eran capaces de soportarlo, y cuatro agotadores años que pondrían bajo el mismo foco a unos cuantos cientos más, el mismo flautista los llevaría finalmente hasta los sanguinarios campos

de Afganistán o Irak, o a cualquier otro lugar al que quien fuera que ocupara la Casa Blanca en aquel momento decidiera que debían ir ese año.

Holliday los había visto ir y venir y, durante años, los había visto morir en lugares que las familias de los nuevos cadetes ni siquiera podrían llegar a visualizar. La pompa, la solemnidad y todos los tópicos de West Point darían paso a la sangre, los sesos y miembros amputados, al igual que a todas las demás realidades que forman parte de un conflicto y que nunca salen en las noticias de la noche, por no hablar de las páginas de *The Howitzer*, el anuario de West Point. La prueba de esto se remonta a 1782 y a un soldado llamado Dominick Trant, que yace en el viejo cementerio de Washington Road.

Pero ahora todo eso había acabado. Diez meses antes, tras la muerte de su tío Henry, Holliday se encontró siguiendo la pista de la espada de un cruzado que los había llevado a él y a su prima Peggy Blackstock por medio mundo y hacia un secreto que cambió su vida para siempre: un tesoro que perteneció a un templario y que ahora estaba guardado a buen recaudo en un viejo castillo del sur de Francia, el Château de Ravanche.

Ahora él era el rehén de ese tesoro; estaba atado a aquel imponente secreto como un guardián. Había luchado durante meses contra sus obligaciones y, finalmente, se había dado cuenta de que, siendo sincero, no podía emplear más horas de su vida enseñando historia; ahora tenía que vivirla. Había entregado su dimisión al superintendente y aceptado terminar el curso. Y ese curso ya había acabado.

Holliday llegó al final de la Explanada y giró por Washington Road. Pasó por Quarters 100, la antigua casa de estilo federal ocupada por el superintendente, y encaminó Professor's Row. Su casa era la más pequeña de la avenida de filas de árboles, un bungalow artesanal de los años veinte con dos habitacio-

nes, paneles de roble, vidrieras, mobiliario también de los años veinte y suelo brillante hecho a base de maderas nobles. Era una vivienda familiar, incluso siendo viudo desde hacía diez años, pero cuando se enroló en West Point tras Kabul y el estúpido accidente que se había cobrado su ojo, esa pequeña casa era el único alojamiento adecuado para su rango.

Holliday luchó torpemente con las llaves y consiguió abrir la puerta principal y entrar en la casa. Como de costumbre, tan solo por un segundo, una pequeña parte de su corazón y de su mente imaginaron que Amy estaría allí, y un segundo después sintió la suave caricia de la tristeza al darse cuenta de que no; ella ya no estaba allí. Había pasado mucho tiempo, casi diez años, pero, al contrario de lo que decían los filósofos, una parte del dolor no se había ido.

Tiró las llaves en el aparador, sobre el platito que Peggy le había hecho cuando tenía doce años, y se dirigió a la cocina por el pasillo. Encendió el gas bajo la cafetera con café *cowboy* que siempre tenía en la hornilla, fue al dormitorio y se quitó el uniforme. Incluso estando achispado se aseguró de colgarlo cuidadosamente en el armario junto a los otros de gala de las Fuerzas Armadas y se puso unos vaqueros y una camiseta. Volvió a la cocina, se sirvió una taza del amargo brebaje y se lo llevó a la pequeña salita. La habitación era un rectángulo revestido de libros con un pequeño sofá y algunas cómodas sillas viejas colocadas alrededor de una chimenea de estilo artesanal de azulejos verdes, culminada por dovelas del omnipresente roble.

Ya había oscurecido del todo afuera y Holliday sintió la habitación fría. Preparó el fuego, lo encendió y se dejó caer con pesadez en uno de los sillones, sorbiendo el café y mirando cómo las llamas prendían las pequeñas astillas de leña fundiéndolas con los troncos más grandes. En tan solo diez minutos el

fuego ardía con fulgor y un cerco de calidez se expandió por la habitación; el frío de la noche se disolvía en el fuego alentador.

La mirada de Holliday se desvió al objeto que colgaba de dos clavos y relucía casi sensual con la luz danzante: la espada de los templarios que él y Peggy habían encontrado en un compartimento secreto de la casa de su tío Henry, en el noroeste de Nueva York. La espada que lo había iniciado todo; ochenta centímetros de acero con estampado de Damasco, la empuñadura envuelta en una alambrada de oro y el alambre cifrado con un mensaje sorprendente. Una espada que perteneció a un caballero cruzado llamado Guillaume de Gisors setecientos años atrás. Una espada que en su día poseyeron tanto Benito Mussolini como Adolf Hitler. La gemela de la espada que Holliday utilizó para matar a un hombre hacía menos de un año. La mortífera espada que colgaba sobre la chimenea era *Hesperios*, la Espada del Oeste.

Antes de embarcarse él y Peggy en un largo viaje de descubrimiento hacía ya casi un año, la actitud de Holliday hacia la historia era incuestionable. Los hechos, datos y eventos atemporales estaban tallados literalmente en piedra, así como en los libros de texto. Palabras como *incondicional*, *invulnerable*, *irrevocable* e *inalterable* eran parte de su vocabulario histórico.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Una cierta visión de la historia podía verse truncada con tanta facilidad como un estanque en calma por un guijarro lanzado o por algo tan simple como un nacimiento. O, en el caso de Holliday, por una espada.

El descubrimiento de *Hesperios* en la casa del tío Henry en Fredonia no solo había alterado la historia de Holliday, sino también la de los demás. Si no la hubiera descubierto nunca, habría personas buenas y malas que seguirían vivas;

algunas de ellas estaban ahora muertas porque él mismo las mató. El pasado del tío Henry la había cambiado y Holliday había sacado a la luz las circunstancias y los secretos que llevaron la espada a sus manos.

Su interpretación de la historia de los templarios también había cambiado; hacía mucho tiempo, les había enseñado a sus alumnos que la antigua hermandad no era más que una nota al pie curiosa en las crónicas de la época medieval, un grupo que vio cómo una harapienta asamblea de menos de una docena de caballeros desempleados pasaba de ser una manada de bandoleros *routier* en peregrinación a Jerusalén a convertirse en una fuerza económica que se extendió como la pólvora por la Europa del siglo XIII.

También les había enseñado a sus alumnos cadetes que todo aquello se había desmoronado en un único día, el viernes trece de octubre de 1307, cuando se llevó a cabo la detención de todos los templarios de Francia bajo orden del rey Felipe IV de Francia y el papa Clemente, así como la confiscación de todas sus propiedades y riquezas.

Todos los países de Europa siguieron rápidamente el ejemplo al ver en esta una oportunidad de deshacerse de la agobiante deuda real con los bancos templarios. Según la historia comúnmente reconocida, los templarios habían desaparecido sin más, se les había borrado de la historia; un fenómeno breve que tal como llegó, se fue. Holliday había enseñado todo esto como un hecho. Y había estado completamente equivocado.

Concretamente ese día de 1307, los esbirros del rey Felipe IV cortaron miles de cabezas de templarios, pero Felipe olvidó que también había miles de templarios a la cola. Los caballeros, o al menos casi todos, se habían ido, pero los contables, muchos de ellos monjes cistercienses, sobrevivieron. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Alemania era un páramo

sembrado de escombros, pero cuando se disipó la humareda, los mismos hombres controlaban los trenes, patrullaban las calles e instruían a los niños. En los Estados Unidos, los presidentes iban y venían cada pocos años como puertas giratorias, pero los burócratas se quedaban. Y lo mismo pasaba con los templarios.

Mucho después de que el rey Felipe emitiera el edicto, los niveles inferiores de la Orden del Temple advirtieron el posible desastre y tomaron medidas para evitarlo. Se reescribieron escrituras y testamentos, se cambiaron títulos de propiedades y se transfirieron notas de grandes sumas a manos supuestamente inocentes en lugares remotos, lejos de las garras de Felipe y sus primos ingleses. No era una casualidad que el hombre que inventó la contabilidad por partida doble fuera un monje. No estaba muy lejos del concepto de guardar dos ejemplares de cada libro.

Cuando Felipe arrestó a los templarios, confiscó su riqueza visible, pero la que se podría llamar invisible hacía ya mucho que se la habían llevado en secreto. Como dijo Jacques de Molay, último Gran Maestro oficial de los templarios, poco antes de que lo quemaran en la hoguera en 1314: «La mejor manera de guardar un secreto es olvidando su existencia». Y eso fue precisamente lo que hicieron los templarios.

Durante la mayor parte de setecientos años y bajo montones de nombres e identidades diferentes, los recursos secretos de los templarios habían crecido hasta límites insospechados, doblándose y redoblándose a lo largo de los años, diversificándose a cualquier condición y faceta de la vida cotidiana en prácticamente cada nación de la tierra.

Una vez consolidados como fuerza única, el poder de toda esa riqueza sobrecogería a casi cualquiera y podría derrocar gobiernos con suma facilidad. Forjada como un poderoso

martillo, la influencia de la fortuna de los templarios era capaz de hacer un bien inmenso y un mal indescriptible. Era la llave al reino de los cielos o a las abrasadoras puertas del infierno.

Y la llave se encontraba en el pequeño cuaderno salpicado de sangre que el teniente coronel Holliday guardaba en el cajón del escritorio de su estudio. El cuaderno era un regalo de un exsacerdote llamado Helder Rodrigues, que murió en sus brazos en la isla de Corvo, en las lejanas Azores.

Sin embargo, al regalo lo acompañaba un codicilo: úsalo con sabiduría, úsalo bien o no lo uses. El tesoro de los templarios que Rodrigues les había desvelado a Holliday y a Peggy aquel día bajo la enfurecida lluvia había sido más que suficiente; el secreto que se revelaba en el cuaderno era un millón de veces mayor. El neonazi Axel Kellerman había perdido su vida por él atravesado por *Aos*, Espada del Este. El desconocido asesino del Sodalitium Pianum del Vaticano había muerto por él una medianoche en las callejuelas de Jerusalén.

Todo esto estaba tras la decisión de Holliday de abandonar West Point. Sabía que la amenaza que conllevaba el cuaderno de Rodrigues seguía existiendo y no iba a poner en peligro a los cadetes ni a nadie de West Point; si había algún peligro, solo debía correrlo él.

Holliday dormitó reconfortado por el fuego y cayó en un profundo y plácido sueño. Cuando se despertó, casi había amanecido, y las primeras luces de tonos rosáceos se deslizaban sobre los árboles de Gee's Point y el río Hudson. El fuego había ardido hasta convertirse en cenizas y a Holliday le dolían las articulaciones por haber pasado la noche en el sillón. Algo lo había despertado. Oyó un sonido, parpadeó y levantó la muñeca para mirar el viejo Rolex Royal Air Force, herencia de su tío Henry. Las seis menos diez. Demasiado pronto para el toque de diana; quedaban cuarenta minutos.